

843
L.

PQ2328

FS

1908



FONDQ
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

FIOR D'ALIZA

CAPÍTULO PRIMERO

I

El verano de *** lo pasé en Saltochio, deliciosa y magnífica *villa* de los alrededores de Luca, que en *** había sido alquilada por el embajador de Francia. Á menudo me iba solo por las mañanas á las altas montañas de este encantador país, en busca de puntos de vista y paisajes, sin pensar ciertamente encontrar historias del corazón humano, ni poemas de la vida real que me hicieran pensar toda mi vida como en un sueño, en la más divina figura y en la aventura más melancólica, que jamás presentó poema alguno á mis ojos. Y esto fué, sin embargo, lo que me sucedió.

Un día de verano salí muy de madrugada del

parque, pasé los arroyuelos, los espesos bosques de laureles de Saltochio, y subí á las grandes colinas que sostienen las pobladas y ricas aldeas del país de Luca : mi perro me seguía con dificultad, y yo llevaba mi escopeta por costumbre, pues ya en aquella época no mataba lo que disfrutaba de vida. La majestuosa serenidad del tiempo me incitó á subir hasta la misma cumbre de la montaña. Abandoné las aldeas, las casas, los campos cultivados y anduve por barrancos pedregosos, por el seco cauce de los torrentes, saliendo de ellos para subir aún.

Lejos al parecer de todo camino, alcancé á ver una solitaria cabaña en la pendiente de un estrecho y verde valle, y á la sombra de enormes castaños. Sentía necesidad de descansar un momento y de apagar mi sed, y como oía un ligero murmullo de agua, que parecía filtrar por la roca al pie de la cabaña, y veía las grandes sombras negras de los castaños dando un tinte de terciopelo á la roca detrás de la casa, subí hasta allí para gozar de dos beneficios inesperados en la estación : el agua y el fresco.

II

Al dar la vuelta á la cabaña, medio construida en la roca, me detuve sorprendido por una súbita aparición : era una joven, que daba de mamar á un hermoso niño de cinco á seis meses. No intentaré describirla : no hay pinceles, ni aun los del divino Rafael, para pintar cabeza como aquélla. La joven tenía descalzos sus blancos y delicados pies; su vestido negro, formando grandes pliegues perpendiculares, caía con majestad sobre sus tobillos; el encarnado justillo, medio desabrochado, dejaba al niño saborear la leche y esparcirla con su risueña boca como un cordero ya harto que juega con la ubre de la oveja, ó como un niño que enturbia el manantial con sus manecitas después de haber bebido. Ella no me veía, porque me ocultaba de su vista el ángulo de la roca en donde estaba construida la cabaña; retenía yo el aliento suspendido en la contemplación de aquella divina figura; asemejábase á una linda aldeana de las que acuden los domingos por la mañana, á adornarse en el espejo purísimo de las fuentes. Parecía que cuidaba al hijo de una hermana mayor

(así me lo figuraba yo á lo menos); después peinaba negligentemente las largas y rubias trenzas de sus cabellos, que, unas veces envolvían al niño y á ella como con un velo, y otras, levantadas, se sujetaban á su frente con claveles encarnados y alelies.

Terminada esta primera parte de su tocado, que anunciaba un día de fiesta, se sentó en el suelo bajo el gran castaño, y meciendo á su hermoso niño sobre el lecho de hojarasca, jugaba con él como una cierva con el cervatillo recién nacido. Toda la bóveda de hojas resonaba con sus alegres gritos; creíanse solos.

*Mi rivedrai,
Ti rivedró,
Di tuo bei rai,
Mi pasceró.*

cantaba la jóven interrumpiendo su canto con besos y muestras de alegría, como quien espera ver á un ser querido, la tarde del día que tan bien comienza.

III

Extasiado estaba en la admiración de aquella joven, la más seductora que hasta entonces había

visto, semejante ya á una madre en edad en la que aun debía crecer, y que reunía en su figura el amor jovial de la hermana y la tierna solicitud de la madre, cuando mi perro, que volvía de una parada, se precipitó hacia mí con impetu haciendo que me descubriera la joven. Dió ésta un grito, se levantó de un brinco llevándose á su niño, y quiso huir.

— No huya usted, le dije con respeto; á mí me toca alejarme, puesto que mi inesperada presencia en este sitio turba su gozo y el de ese hermoso niño, á quien mi vista obliga á esconder la cabeza detrás de la espalda de usted.

— No señor, me respondió la joven abrochándose el justillo, perdone usted; me creía sola y compartía con mi hijo la felicidad que nos espera esta tarde: mataba el tiempo, que hoy va pasar para mí con mucha lentitud.

IV

Rogóme que entrara á descansar un momento, asegurándome que su ciego padre, y su tía, tendrían mucho gusto en ofrecerme hospitalidad.

— Pues los huéspedes son muy raros en esta soledad y hay que desconfiar de ellos, añadió

graciosamente; pero hay algunos que llevan la ventura á las casas.

Al hablar así dió la vuelta al ángulo del jardinillo, y anunciándome á su padre me obligó á entrar en la casucha.

V

Pasados los primeros saludos y disculpas, aquellas buenas gentes, en las cuales todo respiraba un aire de indigencia, pero al mismo tiempo de alegría, me ofrecieron en una mesa de madera muy limpia una comida campestre: hermosas castañas conservadas en otoño con su segunda corteza y cocidas en leche de cabra, queso, pan muy blanco y muy sabroso, y agua del manantial. Llevaba una cantimplora en mi morral y quise dar á gustar su contenido á la joven madre: ella la acercó á sus labios complaciente, pero apartándola en seguida con repugnancia.

— Nunca he bebido más que agua, dijo: esto agriaría la leche de mi hijo.

No me atreví á interrogarla sobre su precoz maternidad, pero claro se veía que no tenía por qué avergonzarse de ella. El anciano bebió por la joven, diciendo:

— Hace ya mucho tiempo que le había perdido el gusto.

— ¿Según eso, no son ustedes ricos? les pregunté.

— ¡Oh! no, me respondió; pero tampoco somos pobres.

— Lo hemos sido, exclamó la anciana.

— ¡Ah! sí, dijo la joven, lo hemos sido: mire usted, ¿ve usted ese sembrado de maíz, ese pequeño cercado, en donde las cepas y las higueras brotan entre las piedras grises que salen del suelo como para sostenerlas; ese pequeño prado en el fondo del barranco á la izquierda, que alimenta á dos vacas, y ese bosque de castaños nuevos y de laureles silvestres que viene desde lo alto hasta el prado? Pues todo eso ha sido nuestro; pero la roca, el castaño, con todo el terreno donde se esparcen sus raíces y su sombra, y ese vergel entre esas piedras grises con sus veinte pasos de hierba alrededor de la casa y las tres higueras, aun lo es; y tenemos bastante para los cinco, en tanto que Dios y la *Madona* (Virgen) no nos envían otras chiquitas bocas más, que vivir de la peña que nos alimenta á todos.

VI

— ¿Cinco? dije á la joven; pues no veo más que cuatro, contando al niño que está usted criando.

— ¡Oh! sí, dijo la anciana, pero hay uno á quien no ve usted, pero que nosotros vemos como si estuviese aquí, y á quien conservamos un puesto en nuestra mesa.

Al oír estas palabras, se levantó la joven de su asiento y estrechó á su hijo contra su corazón con un movimiento casi convulsivo; volvió sus ojos húmedos hacia el lado del mar y los enjugó con la manga de su verde chaquetilla.

— Aluden á Jerónimo, señor, repuso el anciano : es mi sobrino y discípulo. Está sobre el mar.

— Según eso ¿es marinero?, pregunté.

— ¡Oh! no señor : lo es y no lo es. Pero esto sería largo de contar, y usted tendrá necesidad de dormir. ¡Ah! el pobre muchacho ama demasiado su castaño para eso.

— Y á propósito, repuse, ¿cómo es que, queriendo tanto de padres á hijos ese árbol que sustenta á la familia, habéis abierto á fuerza de

hachazos en su tronco un gran agujero, en el que se ve todavía la huella del hierro con que le habéis herido tan cruelmente, á riesgo de hacerlo caer con su inmensa copa y ramas sobre la cabaña?

— ¡Ay, señor! es una larga y triste historia, me dijeron todos á la vez; Dios y la Madona lo han salvado por milagro y á nosotros con él; pero eso no tiene más importancia que el nido de cornejas que se salvó aquella tarde, y cuyos pequenuelos hubiesen caído á tierra con él : no hablemos de eso que es bien triste.

VII

— ¡No, no! dije con curiosidad y con la mejor intención; hablemos, á no ser que aflija á ustedes demasiado. Soy joven todavía, pero desde niño me ha gustado más llorar con los que lloran, que reír con los que rien. Si no quiere usted referirme hoy toda la historia, me la contará mañana, porque ninguna prisa tengo; y aun cuando tuviera que hacer, todavía me detendría aquí algo que no puedo explicar.

Al hablar así, dirigi involuntariamente á hurtadillas una mirada á la angelical figura de la joven madre, que había ido á dar de mamar á su hijo en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Add. 1625 MONTERREY, MEXICO

el umbral de la cabaña. Jamás belleza mas pura y radiante había fascinado mis ojos; aparición del cielo á través del cristal del aire de las montañas, frescor de la mañana, fruta de verano en una rama, goce celestial á través de una lágrima, lágrima de niño convertida en perla al caer de las pestañas; luego aquellas cuatro edades de la vida; la abuela, el padre, la joven esposa, el niño de pecho: aquellos pobres animales domésticos; el perro, las cabras, las palomas; los polluelos bajo las alas de las gallinas; los lagartos, corriendo con ligero ruido, bajo las hojas secas del techo ¡Ah! la escena me fascinaba.

.

VIII

Después de la comida, pedí con timidez, mirando alternativamente á la abuela, al padre y á la hija, la historia que se me había prometido para explicarme la profunda herida del castaño.

— ¡Ay! no podría contarla, porque lloraría demasiado, dijo la anciana.

— Y yo no me atrevo; soy demasiado joven para saberlo todo, y demasiado ignorante para contarlo bien, dijo la *sposa*.

— Hable usted, dijeron ambas al viejo.

IX

— No, dijo el anciano, hablemos cada cual á su vez y contemos lo que podamos recordar: con eso sabrá el viajero todo lo que desea, de los labios mismos de las personas que han presenciado y sufrido los acontecimientos.

— Perfectamente, dije: entonces toca á la anciana abuela hablar la primera, porque ella ha visto pasar muchas sombras del castaño sobre los brezos de la montaña, y caer innumerables hojas muertas sobre las raíces y sobre el techo de esta choza.

.

X

— Verdad es que he visto caer y renacer muchas hojas queridas de nuestro grande árbol, dijo la abuela, apartando con su descarnada mano los mechones de cabellos blancos que caían sobre sus ojos. Qué quiere usted, mi joven señor, muchas veces he oído decir á mi padre, y al padre de mi

padre : « nuestra familia es tan antigua en la montaña como la roca hendida que llora de vejez lo mismo que mis ojos, y las raíces del árbol que han abierto la roca, creciendo bajo la tierra. Ambos ignoraban cuándo venimos aquí por la primera vez. Recordaban haber oído contar al monje más anciano del convento de allá arriba, que los *Zampognari*, así nos llamamos, descendían, desde la época de las guerras de los pisanos con los florentinos, de un joven oficial toscano, prisionero de los pisanos, que se había escapado de la torre de Pisa, donde esperaba la muerte, con la hija del capitán carcelero de la torre, y que construyó en lo más alto de la montaña, entonces desierta, una cabaña bajo los castaños para vivir allí con su compañera.

Como ésta no podía volver á Pisa, á casa de su padre, á quien había vendido por amor al prisionero, y no queriendo tampoco éste abandonar á quien debía la vida, olvidó aquí padre, madre y patria; poco á poco labró terreno alrededor de las rocas, hizo bendecir su matrimonio por un ermitaño de la ermita, que es hoy el convento de *San Stephano*, allá arriba, y fundó la familia cuyos hijos é hijas vivieron unos aquí y otros allá en las aldeas de la llanura.

Sus hijos le abrieron una fosa en tierra bendita,

allí donde habrá usted visto el terreno desigual, bajo una cruz de piedra tallada en la roca y enrojecida por el musgo, donde se reúnen las golondrinas la vispera de su marcha antes de las vientos de setiembre, cuando las castañas se caen solas al pie del árbol que las produce.

Los mozos de allá abajo venían también de tiempo en tiempo, á enamorar á las hijas del primogénito de los *Zampognari*, renombradas por su belleza y buena fama en las colinas de Luca; así es que tenemos muchos parientes, que ya no conocemos, entre los luqueses que ahora nos desprecian por nuestra pobreza. ¿Acaso el agua del *Cerchio*, que brilla bajo el arco del puente de mármol de Luca, se acuerda de las gotas de agua de nuestra fuente, donde beben nuestras cabras y nuestras ovejas? Esta vida, señor, no es sino un gran olvido para la mayor parte; no digo esto por ti, Fior d'Aliza, que jamás nos has olvidado en nuestra miseria, y has preferido el traje burdo y el gorro de lana de tu primo, á las galas de las ciudades.

XI

Ruborizóse Fior d'Aliza, volvió la cabeza, y miró colgada de la pared la cornamusa de su primo

ausente. El niño, moviendo sus manecitas desde el fondo de su cuna, tocó casualmente el pellejo arrugado del instrumento, en el que dormía un resto del aliento de su padre : la flauta lanzó un leve sonido, como la tecla de un piano en donde se posa casualmente un pájaro domesticado revoloteando libre en el cuarto de una joven. El niño asustado retiró su mano.

— Diríase que es Jerónimo que hincha su pellejo al subir la montaña, para avisarnos su venida, dijo la anciana.

Suspiró el viejo; la joven *sposa* nada dijo, pero se levantó de su asiento y sacó la cabeza fuera de la puerta, como si hubiese podido reconocer con el oído los pasos de su amante; luego se volvió tristemente, sonrió á su niño, destiló algunas gotas de leche en sus labios, y volvió á sentarse al lado de la anciana, que continuando dijo :

XII

— No sé más acerca de la familia. ¿Qué quiere usted, señor? Ninguno de nosotros sabe leer ni escribir. ¿Quién había de enseñarnos? No hay maestro ni escuela bajo los castaños á esta distancia de las aldeas : mas, tampoco saben todo eso

los pájaros, y, sin embargo, mire usted como se aman, hacen su nido, calientan sus huevos, y dan de comer á sus hijuelos.

— Y también como cantan, añadió Fior d'Aliza, escuchando á dos ruiseñores que rivalizaban en gorjeos allá en el fondo del barranco junto al agua.

— Mi padre, repuso la anciana, hizo lo que hacia el suyo ; cultivó un poco más de tierra negra entre estas rocas : su padre fué el que plantó algunas cepas en la pendiente pedregosa, al mediodía, y enlazó los sarmientos á las trece moreras que alimentaban con sus hojas los gusanos de seda ; su hijo, que aquí le ve usted, añadió, señalando al achacoso anciano, labró durante veinte años el campo de maíz de piñas de oro que brillan ahora para otros bajo los verdes linderos del bosque de laureles, como las naranjas en el muelle de Pisa. Él y su hermano, que murió joven y fué mi marido, se ocupaban en el invierno, como se habían ocupado su padre y tíos, en hacer cornamusas, que los pastores de las campiñas de Siena, Maremma y Abruzzos, compraban en la época de la siega cuando iban á ajustarse con los propietarios ricos de dichas comarcas, á fin de ganar con que vivir en el invierno.

Decían que los calabreses mismos no las fabricaban más sonoras ni mejores que nosotros.

Mi marido hacía los tubos con diez agujeros, tantos como los dedos de las manos, y con una embocadura para soplar. Para hacer esos pifanos sujetos al pellejo de cabrito, escogía raíces de boj muy sanas y las secaba durante tres veranos al sol.

Su hermano Antonio cortaba y cosía los pellejos y el fuelle que comunica el aire á la cornamusa, dejando hacia fuera el pelo del cuero, á fin de que conservase mejor el sonido y la lluvia escurriese por cima, como en el cabrito, sin ablandarlo. Además, nadie tocaba como él y probaba el instrumento, corrigiéndolo hasta que el aire salía con tanta precisión como la voz.

— Mira, hija, dijo á su sobrina interrumpiéndose, abre el cofre y enseña á este señor las tres últimas cornamusas que se fabricaron de ese modo antes de la muerte de mi pobre marido.

— ¡Ay, señor!, añadió la anciana mientras que Fior d'Aliza mantenía el cofre abierto para dejarme ver aquellas tres obras maestras: ¡qué instrumentos y qué bien los tocaba Antonio mientras tuvo los dedos ágiles y el aliento robusto! No, jamás Madona alguna en las calles de Luca, Pisa y Siena, y quizás en Roma, ha oído serenatas parecidas en las noches de la Semana de Pasión: se rezaba sólo al oirlas. Los ángeles sonreían

llorando, y en las noches de verano, después de la siega, cuando tocaba aires de baile, las mismas encinas habían de tener ganas de bailar.

La tapa del cofre se escapó en este momento de la mano de Fior d'Aliza, y cayó con ruido sepulcral sobre las ya mudas cornamusas. Fior había pensado en su amante.

— ¡Es cierto, dijo la anciana, que el pobre Jerónimo toca mejor aún que mi marido lo hacía! Y ésta, añadió señalando á Fior d'Aliza, tocaría mejor aún que su marido si quisiera, pero después de nuestras desgracias no tiene corazón más que para pensar en él, para esperarle, para llorar y para mirar á su hijo, en cuya cara encuentra la de su padre.

XIII.

Así vivíamos trabajando, señor, con salud, contentos y en buena armonía, disfrutando de nuestros bienes que compartíamos entre mi marido, yo, Jerónimo, que crecía para reemplazarnos, y Antonio, mi cuñado, bueno y sano entonces, que se había casado con mi hermana, madre de Fior d'Aliza. ¡Ay, esa sí que era hermosa! hasta de Pisa venían á verla cuando bajaba á la feria de Luca

con su marido. ¡Pobre hermana mía! ¿Quién hubiera dicho que había de morir antes de acabar de criar á Fior d'Aliza?

XIV

Este recuerdo hizo que Antonio pasase la mano por los ojos y Fior d'Aliza miró á su hijo como si temiese no poder tampoco acabarle de criar.

— Antes de su muerte y de la de mi marido, prosiguió la anciana con voz debilitada por sus tristes recuerdos, vivíamos aquí muy dichosos, mi marido, yo, Jerónimo, mi hijo, á quien todavía estaba criando, Antonio, mi hermana y la pequeña Fior d'Aliza que acababa de venir al mundo.

Un día volvió mi marido de la llanura después de la recolección en las maremmas de Toscana : aquel año había hecho mucho calor : le esperábamos todas las tardes desde el día en que los trabajadores y los *Zampognari* volvieron á las aldeas de la montaña con las bolsas de cuero, llenas con su salario, colgadas á la cintura; un fraile limosnero que había pasado por la mañana de vuelta al convento de San Stéphano, nos había dicho que le había encontrado y reconocido de lejos, sentado á la orilla de una fuente en el camino que hay de

Luca á Bel-Sguardo. Esto me sorprendió, porque generalmente cuando volvía á su cabaña, no se entretenía sentado en el camino : ansiaba demasiado volver á verme y besar á su hijo. Por la tarde no oímos, como de costumbre, su cornamusa á través de los laureles de la cuesta, y si únicamente el paso lento y pesado de sus zapatos sobre los guijarros y el ruido de una respiración fatigosa.

— ¿Sera él? dije entre mi.

Y eché á correr para asegurarme. ¡Ay de mí! él era, pero ya no era el mismo : tendióme los brazos, dejando caer su cornamusa, y se desmayó sobre mis rodillas.

Luego que volvió en sí :

— Acuéstame, me dijo : la fiebre de Terracina me ha envenenado.

El hermoso ambiente de las colinas no hizo más que dar mayor fuerza al veneno que había penetrado en sus venas con los rayos del sol de las maremmas. Le enterramos al tercer día de su llegada, y sólo me quedó de él Jerónimo, á quien crié con más lágrimas que leche.

Así quedamos únicamente seis en la cabaña : nuestra anciana madre, que solo contaba ya los años de su vida por las pérdidas de su marido, de sus hermanos, de sus hermanas y de sus hijas,